Un ceramen como éste del que aquí se recogen los resultados, el Concurso de ideas para una Capilla Universitaria en el campus, constituye seguramente una ocasión idónea para tratar de avanzar en el planteamiento de una cuestión difícil y acaso no del todo debatida aún: la de la respuesta de la arquitectura moderna al tema del espacio sagrado. Sin duda la Capellanía de la Universidad, con la iniciativa de este reto dirigido a los alumnos de la Escuela de Arquitectura, ha deseado acentuar en relación con el asunto un nuevo empuje de análisis y estudio, un nuevo esfuerzo de investigación.

Como es sabido, la arquitectura religiosa experimentaba en sus inicios, en el antiguo Oriente, una cualificación de opúsculos, fórmulas y recursos compositivos basada en la reutilización de tipologías edificatorias preexistentes y de los usos decorativos establecidos. Luego, a través de las invenciones constructivas y figurativas del románico y el gótico y de los sucesivos momentos del lenguaje clásico, la arquitectura religiosa se convierte en poco menos que lo que verdadera Arquitectura con mayúscula: en campo abonado para las demoliciones de competencia y virtuosismo y en ocasión para los más ambiciosos y exaltantes elicocisos de estilo. El advenimiento de la arquitectura moderna, con los nuevos materiales y recursos técnicos y con los ideales que acompañan su asunción, produce una evidente distorsión del panorama: establece un nuevo marco cuya definición reside, primero, en el insistente ensayo de eclecticismos tradicionalistas y revivalismos de diversa índole, y luego, en una situación de desconcierto general que dará pie a experiencias y lanteos de todo orden —con alternativas que recorren las diversas modalidades del camino que va de la pura a lo sinódico, y hasta al pastelico y el kitsch—, de resultado a menudo confuso y decepcionante.

No cabe olvidar entre otras cosas nuestra enorme capacidad constructiva y destructiva, incomparable con las de otras épocas; constataría llevar por fuerza a prestar una atención vigilante a la preservación del patrimonio arquitectónico y a todo lo que pueda sensibilizarnos a las instancias de decisión; pero también, a la vez, a apurar la respuesta a nuestros temas de proyecto, sin dejarnos tracinor por la sugestión de la prisa en razón de la pura facilidad.

La arquitectura religiosa nunca ha sido una arquitectura de mínimos, preocupada por la mera economía de medios, por la eficacia o funcionalidad puramente física o material. El Triunfo globo de estos parámetros podría haber dejado al descubierto la abordada o se ocupada de ello en una inédita situación de precariedad.

Planteamientos del problema urdidos por las circunstancias y arraigados en ese desconcierto habrían dado pie de hecho, en las últimas décadas, a un simnúmero de realizaciones basadas en unas pocas leyes o recetas compositivas elementales, a veces deductiva de proyectos ornitomófidos y digerencia esquemática caedas de contexto. Quizá han tenido un impacto particular las derivadas de la idea, sensible a los elementos más eflécticos y epidérmicos de las experiencias expresionistas de comienzos de siglo, según la cual se apoya para el uso religioso (o sea) arquitectura inesperada y extraña —mejor espacialmente tensa y forzada—, en tanto capaz en principio de inducir en la feligresía una especie de sobrecogimiento tentivo y un cierto impulso movilizador.

La observación necesitaría de nuevo innumerables malizaciones: no es lo mismo, por ejemplo, una ermita situada en un lugar insólito y lejano que será visitado esporádicamente que un monasterio, un santuario, una basílica, o un templo urbano destinado a ser ordinariamente frecuentado por un público más disponible y constante. Coincide, en todo caso, que el momento de la construcción y adaptación masiva de capillas y templos de todo tipo de acuerdo con la nueva normativa litúrgica, el de los años del Postconcilio, es además el de la gran crisis de ideas y métodos que en el terreno de la arquitectura y del arte terminaría suscitando la aparición de la denominada conciencia postmodernista. De entrada, en efecto, no es un momento ascendente, creativo ni fuerte sino más bien dependiente e inertial, el de la vulgarización y ensaimadización epigráfica y seriada de las conquistas de la revolución figurativa moderna.

La sucesión de las fásmas —edades del espacio— de Bruno Zevi, en fin, acompaña también con eloquencia la evolución de los ideales y los métodos de la arquitectura religiosa hasta el planteamiento del problema actual. La monumentalidad, la cualificación singular del ámbito del rito y el culto y la irrupción formal de sus límites podrían acaso aceptarse, en general, como características permanentes de la arquitectura religiosa hasta nuestra época. Éstas características se habrían mantenido constantes tanto con el predominio del espacio exterior propio de la arquitectura antigua como con el del espacios interior que habría rechazado los destinados de la gran arquitectura hasta la era de la fluididad y fluido espacial que instituye, en las primeras décadas de nuestro siglo, el Movimiento Moderno. Esta nueva era, precisamente, se define al hilo de la consagración de toda una serie de principios programáticos, desde el de la llamada sinceridad constructiva hasta el abstraccionismo neoplástico y la opción estética que aboga por la expresión natural de los materiales, que determinan de este tenor las multitudinarias religiosas un panorama revolucionario.

Una creciente sensibilidad solidaria ha suscitado a su vez, en especial en el mundo desarrollado, una actitud de intenso desvelo por los desvastados agudizados por la conciencia del modo aún insuficiente y tardío con que la asumen la sociedad civil y las instituciones públicas; una actitud que, quizás por su lógico énfasis interpretante y convocatorio, deriva a veces a nuestros efectos —por así decir— en consecuencias excepcionalmente unilaterales por reactivas. A partir de ellas, los ideales clásicos de humildad, sobriedad y pobreza, tácitamente alliados con los esos contemporáneos del continente mundial del monacato, habrían terminado redundando en realizaciones arquitectónicas más bien desalentadas y tristes, propensas al raticismo y en ocasiones hasta abiertamente feistas. No cabe fijar si aquellos principios de abstraccionismo y sinceridad constructiva preparan en nuestro caso la irrupción de estas sensibilidades austeras o ocurre más bien lo contrario. En todo caso, embos posturas podrían superponerse y refusarse sin freno ni al fuero porque la interpretación de tales principios a partir de dichas sensibilidades no es la única posible, ni necesariamente la mejor, de cara al tratamiento del espacio sagrado.

Habría que advertir a este respecto, por ejemplo, la medida en que dicha interpretación no es de por sí entreguista, ni marcadamente economista y reacia al discurso compositivo, en la obra de los "maestros" de la arquitectura moderna. La Capilla del agua de Tadao Ando culmina sin duda por ejemplo, a su modo particular —con sus limitaciones pero también con sus logros, básicamente correlativos de sus opciones implícitas—, una serie de referencias que podría arrancar de realizaciones tan dispares como el cementerio de Estocolmo de Asplund y Lewerentz y la capilla de Ronchamp de Le Corbusier, pasando por las iglesias unitarias de Wright y Kahn, así como por los diseños y propuestas de Alito y Jacobson, y luego por los de autores como Rotta, Scarpa o Fassio. Estas referencias apuntan desde luego enseñanzas y conquistas parciales que se esperar para después integrar, siempre creativa y tentativamente, sobre la base una visión de conjunto comprensiva y ambiciosa del "momento" de la arquitectura religiosa como tal.

Se suman aquí de todos modos dos mundos de problemas de diversa índole, ambos de decisiva importancia: por una
parte, el de la adecuación de los nuevos lenguajes de la arquitectura a los programas de las construcciones de carácter religioso; y por otra, el de la evolución cuantitativa y cualitativa de estos mismos programas, al hilo de los cambios culturales que venimos viviendo últimamente —en paralelo con la aparición y el desarrollo de aquellos mismos nuevos lenguajes— y de las nuevas presuposiciones de la liturgia. Se incluyen en ejemplo, en esta evolución, no pocos modificadores de transcendencia inevitable en lo relativo a los conceptos y a la organización de los usos: desde la nueva posición del ara, la del "altar cara al pueblo", hasta la generalización de una concepción del culto más participativa y abierta, y la polarización estratégica que supone la combinación en la acción pastoral de las grandes concentraciones mastivas y la atención a una piedad individual a menudo más autónoma y subjetiva, más creativa y personal.

No puedo dejar de lado tampoco, al respecto, el significado profundo de los intentos de incorporación de los citados mas comunicativos multimedia a la difusión del mensaje apostólico: si bien a veces todavía fírmados, resultan sin duda reveladores del nuevo marco en que ya ha de entenderse a sí misma la practica evangelizadora. Probablemente hay que concluir valorando éxitos y fracasos y reconociendo en los diversos medios tentativamente explorados grados desiguales de eficacia y de propiedad: si las tecnologías que han hecho posible el impacto y la proyección de los viajes del Papa se demuestran indispensables para una global contribución a la transmisión de las valores y los principios cristianos, a menudo encuentren un acomodo tan fácil y obvio —siquiera en función de la escala— en la intimidad estelar y sencilla de una modesta comunidad parroquial.

La cuestión de la adecuación de los programas y los lenguajes de la arquitectura a las nuevas circunstancias agudiza en este caso, además, el previo y general de la identificación del público con los sistemas compositivos y los mecanismos excesivos minimalistas de la arquitectura moderna: un problema sobre el que sí ha dado, a su vez, habría mucho que hablar. Por si fuera poco, es claro que el del arte sacro ha de ser un lenguaje eminentemente comunicativo, y en consecuencia capaz de conectar en directo con la sensibilidad popular. El templo ha de ser una edificación singular, reconocible, que se distinga de nuestra en lo diverso tal y como somos, pero además, de otros efectos, su atractivo del ha de derivarse de alguna forma, también a los ojos del no iniciado, entre el presente y la interdisciplinariedad, entre lo colindante y mundano y la intimidad y el misterio de lo espiritual. La arquitectura sacra ha de hablar de su propia dedicación a la divinidad y asumir sus funciones didácticas, sabiéndose no un mero contenedor simbólico sino la concreción y vehículo del todo d una categórica visión.

Frente a esta necesidad la pintura y la escultura modernas se caracterizan justo por su ensimismamiento, su autoconciencia o autoafirmación, más allá de toda función representativa. Por su parte, la arquitectura moderna da muestras de su dificultad para incorporar significados, tanto por la escasez de sus recursos figurativos como, en sentido contrario, por la saturación de mensajes que impregna en nuestros días el "espacio mediático". El desarrollo de la tecnología comunicativa va a todas luces en detrimento de lo importancia de la arquitectura como medio de informar, de sus funciones civínicas y ordenadoras. La arquitectura pierde sin duda relevancia y protagonismo, incluso, como espacio de creación de sentido en el plano de la producción cultural.

Dúrra se éste, en cierto, el caso donde dicha constatación puede y debe ser más puesta entre paréntesis. Basten pensar, por ejemplo, en el modo en que las nuevas tecnologías comunicativas parecen mostrarse a su vez ligadas a la cultura de la velocidad y el consumo, de lo efímero y la utilidad, tan ajena al discurso de la interioridad, la reflexión profunda, la trascendencia y la paz. Acaso la sencilla inmediatez del mensaje del arte sacro pueda afirmarse con fuerza justo por contraste con respecto a la volatilidad y el dinamismo agresivo, vertiginosos y evanescentes, del aluvión de signos de todas clases que inundan la escena social.

Hay que contar desde luego al efecto con el papel de la tradición, también en relación con la atribución a la arquitectura religiosa de una misión orientativa o identificadora. No es raro concluir con decepción que hoy por hoy las buenas iglesias, las que gustan y funcionan, son las iglesias antiguas. Pero esta observación nos devuelve al principio: a concluir recordándonos la importancia de atenerse a la preservación del patrimonio existente y a tratar de sintetizar con el tiempo y la densidad de sus logros, y con la grandeza y ambición de sus metas, de cara a nuevas actuaciones.

Un templo ha de ser de todos modos un organismo arquitectónico capaz de cumplir simultáneamente toda una larga serie de condiciones y cometidos en sí bastante exigentes: debe ser a la vez una obra acorde en su calidad y riqueza, y al mismo tiempo en su imagen, con su misión de dar cobijo a lo divino, la función en principio más digna; un espacio donde la predicación y la liturgia se desarrollen en un diverso momento, con sus formatos respectivos, de eficacia y esmerilidad; un ámbito claramente identificable como religioso y definido por una secuencia didáctica de signos, mensajes e imágenes correlativa del nervio doctrinal específico de la te a que sirve; un lugar, también, donde se parpadea la inserción del individuo en su tradición y en su pertenencia a la comunidad, de modo que él mismo se reconozca en su filiación e identidad social; un marco que propicie el encuentro de cada uno con la presencia de lo trascendente, y en consecuencia con su propia consciencia; un lugar en que se detenga el tiempo, marcado por un intenso clima de reconstrucción, donde se respire una anticipación, reposo y quietud, donde resulte atractivo acudir por la vivencia espiritual que, alimentada por todos estos argumentos, pudiera hacer posible su calidad arquitectónica y su sentida luminosidad.

La cuestión de la edificación sacra ha de madurar hoy en definitiva con todos estos argumentos, los cuales nos fuerza a tratar de integrar atendiendo a las condiciones del nuevo marco social tecnológico y cultural; eso es lo que hace de este arquitectónico uno de los más difíciles de resolver con solvencia y acierto, y no dicos con una mínima seguridad. Las perplejidades y dudas a que esta dificultad nos aboca se perfilan no obstante sobre la claridad y la fuerza con que, a su vez, parecen reafirmarse pasado a paso algunas persuasiones básicas de alcance global: la arquitectura moderna no puede dejar de ser fiel a sí misma, a sus lenguajes y materiales, al abordar el tema religioso; el espacio dedicado al culto ha de reunir ciertas características singulares, entre las que hay que contar la íntima referencia a la tradición litúrgica en lo que se enmarca inevitamente y su denso y comprometido programa funcional; las necesidades comunicativas del arte sacro obligan a reaccionar con enorme cautela ante las patentes virtualidades de la imaginaria convencional... A partir de aquí sólo cabe el ejercicio tentativo de la propuesta, sabiendo que no hay líneas de solución preestablecidas y sólo cabe seguir experimentando con precaución y tacto, conscientes de la importancia de una visión de conjunto lo más amplia y comprensiva posible del problema como tal.

Los ejercicios que se presentan en esta publicación, resultado de un trabajo ordinario de clase, tratan en fin de enfrentarse a este desafío con toda la ambición de lo teórico e ideal, pero conscientes de las limitaciones derivadas de su carácter académico y de su evidente condición descomprometida, eminentemente hipotética y conjetalur.